

RAFAEL CANOGAR

Por Juan RAMIREZ DE LUCAS

La noticia es importante, muy importante para el arte español de nuestros días y de siempre: el joven pintor Rafael Canogar ha obtenido, con su obra, el gran Premio de la XI Bienal Internacional de Sao Paulo. La Bienal de la ciudad brasileña es la segunda en importancia de las Bienales (ya que sólo es superada por la de Venecia) y, desde luego, el certamen de mayor resonancia de todos cuantos se celebran en América. Por primera vez obtiene España el máximo galardón, que, en las diez ocasiones precedentes, había sido ganado cinco veces por Francia con los artistas Roger Chastel (1951), Henri Laurens (1953), Fernand Leger (1955), Vieira da Silva (1961, que, aunque portuguesa de origen, estuvo presentada oficialmente por Francia) y Víctor Vasarely (1965). Italia obtuvo el Gran Premio con la obra de Giorgio Morandi (1957) y con la de Alberto Burri (1965 "ex aequo" con Vasarely). Inglaterra lo había obtenido dos veces, con la escultora Bárbara Hepworth (1959) y con Richard Smith (1967). Estados Unidos lo obtuvo una vez con el pintor Adolph Gottlieb (1963) y Alemania otra con el escultor Erich Hauser (1969). De la atenta lectura de estos premios pueden deducirse varias enseñanzas, entre ellas, la permanente dictadura artística de Francia, operante en toda clase de certámenes; y, también, la preferencia a premiar "monstruos sagrados", artistas ya más en la historia que en la vida, con lo cual no se corre el riesgo de equivocarse. Por vez primera ha sido un joven el triunfador máximo de Sao Paulo, un pintor seguramente con menos de la mitad de la edad de la mayoría de los anteriores. Y un pintor español. Por todas estas razones nos alegra saberlo y es una gustosa obligación divulgarlo como el caso merece.

El Gran Premio de Sao Paulo, denominado Itamaraty, dotado con diez mil dólares, ha sido discernido por un grupo de nueve críticos de Suiza, Brasil, Argentina, Italia, Yugoslavia, Australia, Colombia, Japón y España. Su concesión a Canogar ha sido la gran sorpresa de la XI Bienal, exposición en la que el Pabellón español: "De todos los países, tanto de la representación brasileña como de todos los demás, España fue quien trajo los trabajos más ligados a los problemas humanos. Al hombre español. A la España no llena de sol. El tono dominante de sus trabajos es el negro. Su arte es de impacto total. Sufrido. Violento. Agustiado. Maravilloso. Extremadamente preocupado. Humano. Rafael Canogar tal vez el artista más representativo de la delegación". Estas palabras reproducidas son de la revista "Artes", de Sao Paulo, en cuyas mismas páginas puede también leerse: "El premio a Rafael Canogar fue un premio justo. Nadie podría criticar esta decisión. El impacto causado por la obra de Canogar trasciende las concepciones tradicionales. Sus propuestas son jugadas ante el espectador de una manera libre y, por lo mismo, insolente. Audaz en todo, desde la ideación de su trabajo hasta su realización. Impacto semejante ocasionan otras obras de España. Es, tal vez, entre todos los países participantes, el que revela una mayor unidad artística en esta Bienal".

Los otros artistas aludidos, que, junto a Canogar han logrado tan resonante éxito reseñado, han sido José L. Alexanco, Juan Barjola, Agustín de Celis, Juana Francés, Luis Gordillo, Yago Pericot, Amador Rodríguez y Fernando Somoza.

No es la primera vez que nos ocupamos de Rafael Canogar en estas páginas de "Arquitectura" y, por lo tanto, no es oportuno repetir conceptos ya publicados, notas biográficas que pueden encontrarse en cualquier tratado o catálogo. Preferimos ahora hablar del Canogar último, del que ha logrado el gran triunfo brasileño y universal. Como a todo hombre de verdad íntegro, a Canogar el Premio no lo ha variado en nada, sigue parapetado detrás de sus gafas de cristales muy oscuros que le hacen aún más seria su seria cara de cantador de romances sangrientos de no se sabe qué remota y pueblerina plaza; su seria cara de analista en la que nunca sorprenderemos, por los brillos de la mirada, la gravedad del diagnóstico; su imperturbable faz de observador que toma muy en serio la vida y que, por lo tanto, sufre y se abrasa por dentro. Canogar es la seriedad. Y queremos decir con ello la responsabilidad, la entrega total a lo que hace, el no conformismo con lo alcanzado, el alejamiento radical de cualquier posible frivolidad.

Canogar es hombre de su tiempo, de esta sociedad, en tantos aspectos caótica, que vive el mundo de hoy, de este descuajado mundo en el que



"EL SALUDO"

"LA FUGA"



todo chirría, en el que todo se crispa de una restallante violencia. Situaciones paradójicas hasta el extremo, la represión, el gangsterismo, el crimen, son parte integrante del cotidiano manjar de todos los países. En cualquier medio informativo que fijemos nuestra atención veremos a todas horas lo mismo. El mundo ha perdido por completo la calma y eleva clamores sin ser escuchado por nadie. En esta situación, el artista verdadero no puede desentenderse de los problemas gravísimos que lo acucian. Y testifica. Su testimonio no puede ser amable, aunque quisiera. Todos somos llevados por un torbellino que nadie puede predecir en dónde acabará; el artista está situado en medio y mira espantado para todos los lados. "Los "no imaginados estratos de malignidad del corazón humano" han causado la muerte de cincuenta y nueve millones de seres humanos en guerras y otras reyertas homicidas, entre los años de 1820 y 1945. ¿Es innata la agresión humana? Los testimonios psiquiátricos contemporáneos parecen casi inequívocos; la agresión no es meramente una respuesta a la frustración, es un impulso universal de hondas raíces" (1).

Canogar no se resigna al papel de espectador pasivo. Es un luchador de la causa más noble. Con motivo del Gran Premio de Sao Paulo mucho ha tenido que hablar, que escribir, sobre su propia obra, los impulsos que la han movido; diarios y revistas de Brasil y de España han recogido sus opiniones, algunas de ellas muy reveladoras: "La mera exposición en mi obra de la violencia supone ya una condena y supone que se busca la justicia. Creo que en la posibilidad de volver a plantearse otra vez los problemas, revisar las relaciones del hombre con el hombre". "Yo hago esta crítica mía mirando al hombre actual en medio de una sociedad que nos vuelve inhumanos, que te hace ver al prójimo como un enemigo. Hemos perdido la solidaridad. No estoy presentando soluciones, sino hechos." "Las escenas que reproduzco suceden a diario, en el mundo entero. Por eso no me preocupa definir la "nacionalidad" de los rostros de mis hombres". "Mis cuadros están inspirados prácticamente en las fotografías que trae la prensa todos los días. A fuerza de ver dolor nos

insensibilizamos al dolor; a fuerza de ver guerras y muertes pasamos casi de largo por las trágicas noticias. Yo deseo detenerme en ellas. Llamar a todos la atención. En el fondo, mis obras tienen un sentido moralista."

La técnica pictórico-escultórica empleada por Canogar ayuda a la comprensión de sus intenciones. Las siluetas recortadas, superpuestas, corpóreas en un plano o abultadas con el relieve de las ropas reales. Las manos agarrotadas que se salen de los límites de los cuadros, las cuerdas verdaderas que maniatan manos, los cuerpos en toda su densidad caídos en el suelo, la porra que golpea, el fusil que apunta. Una sabia dosificación de esquema y el realismo más absoluto. Una ausencia de colores en las figuras, que las convierten en individuos masificados, en personas sin rasgos personales, en sombras palpables que huyen o se abaten. Con elementos tan varios y difíciles de conjugar, Canogar logra sus retablos trágicos y civiles; sus "bultos" anónimos. El pintor ha tenido que aprender ahora muy diversos oficios complementarios: carpintero, modelador, técnico de materiales plásticos, de colas frías y fibras de vidrio. Su obra es difícil y de lentísima gestación, de cuidadísima ejecución, de personalísimo impacto.

De todos los antiguos componentes de "El Paso" (Saura, Millares, Feito, Viola, Rivera, Chirino) Canogar parece ser que es el que más ha cambiado de medios expresivos pictóricos. Todos los demás permanecen bastante fieles a su manera inicial y Canogar parece haber variado totalmente. Parece, esa es la apariencia, porque en el fondo Canogar permanece fiel a sus propios principios, a sus enunciados de entonces. Sí, en su época no figurativa decía de su técnica: "Una tensión expansiva creada por estructuras de signos que comprimen al mundo al mismo tiempo que amplían sus límites hasta un infinito", comprobamos que sus ideas de entonces siguen siendo válidas; lo mismo que su mayor ambición de entonces "fossilizar el instante" es ahora cuando lo ha conseguido con la realidad plena, la realidad de la masa enloquecida de angustia.

(1) J.D. Carthy —"Historia natural de la agresión" Siglo XXI, Mexico 1966.

"LOS REVOLUCIONARIOS"

